

de zuavos que en ella se encuentra y los numerosos almacenes y hoteles que la encuadran, no son suficientes para darle animación; en medio de ella y del jardín se ve un monumento á la República; los domingos sí se ve muy concurrida esa plaza, que sirve de paseo á la sociedad lyonesa; la plaza Bellecourt, con una buena estatua ecuestre de Luis XIV, también es espaciosa, mayor que la primera, y está circundada por elevados edificios que no tienen otro defecto que ser demasiado uniformes.

Aunque quisiéramos no podríamos disimular, como nadie puede hacerlo, que éramos extranjeros, y esta circunstancia hacía que los buenos lyoneses, al oírnos expresar en un idioma extraño para ellos, quisiesen hacernos los honores de su casa con gran cortesía, en la que entraba no poco la vanidad. Alguien, al enterarse de que íbamos de la América española, nos lanzó con disimulo una fisonomía mirada, como si buscase las plumas de que, en su concepto, debíamos ir vestidos, pues todavía nos creen en estado de barbarie: visitábamos el teatro Bellecour, que en obsequio de la verdad, es uno de los mejores de Europa, y nos preguntaba si siquiera nos habíamos imaginado algo por el estilo. La pregunta era algo impertinente, pero la señora se encargó de darle la merecida y apropiada contestación.

—El teatro Nacional de México, le dijo, aunque no estaba tan bien decorado, tenía mejores condiciones acústicas que éste, y aún que el de la Ópera de París, según opiniones autorizadas.... y sin embargo, no estando contentos con él, lo hemos derribado para hacer otro mejor.

Algo mortificó esta respuesta á nuestro oficioso cicerone, pero no se dió por vencido, y aunque con menor impertinencia, continuó haciendo observaciones y comparaciones, hasta que me ví obligado á decirle:

—México tiene nada ó muy poco que aprender de Europa: sobre todo en asuntos de electricidad, de mecánica, de ferrocarriles y de comodidades para la vida.

Es indudable que no nos escapamos del sobrenombre de *rastacueros*, aplicado en Francia á todos los americanos, pero siquiera ese cicerone y alguna otra persona que nos recomendaba la visita al Museo y al jardín zoológico llevaron su merecido. Al último le contestamos:

—Nos reservamos para ver el Museo del Louvre y el jardín de plantas de París; esos sí valdrán la pena.

Aun los de Lyon la valían, pues el primero posee muy buenos cuadros y esculturas; pero el mejor, en concepto nuestro, por ser especial, es el museo histórico de los tejidos, donde puede estudiarse la historia de esa industria con sólo ver los modelos allí expuestos.

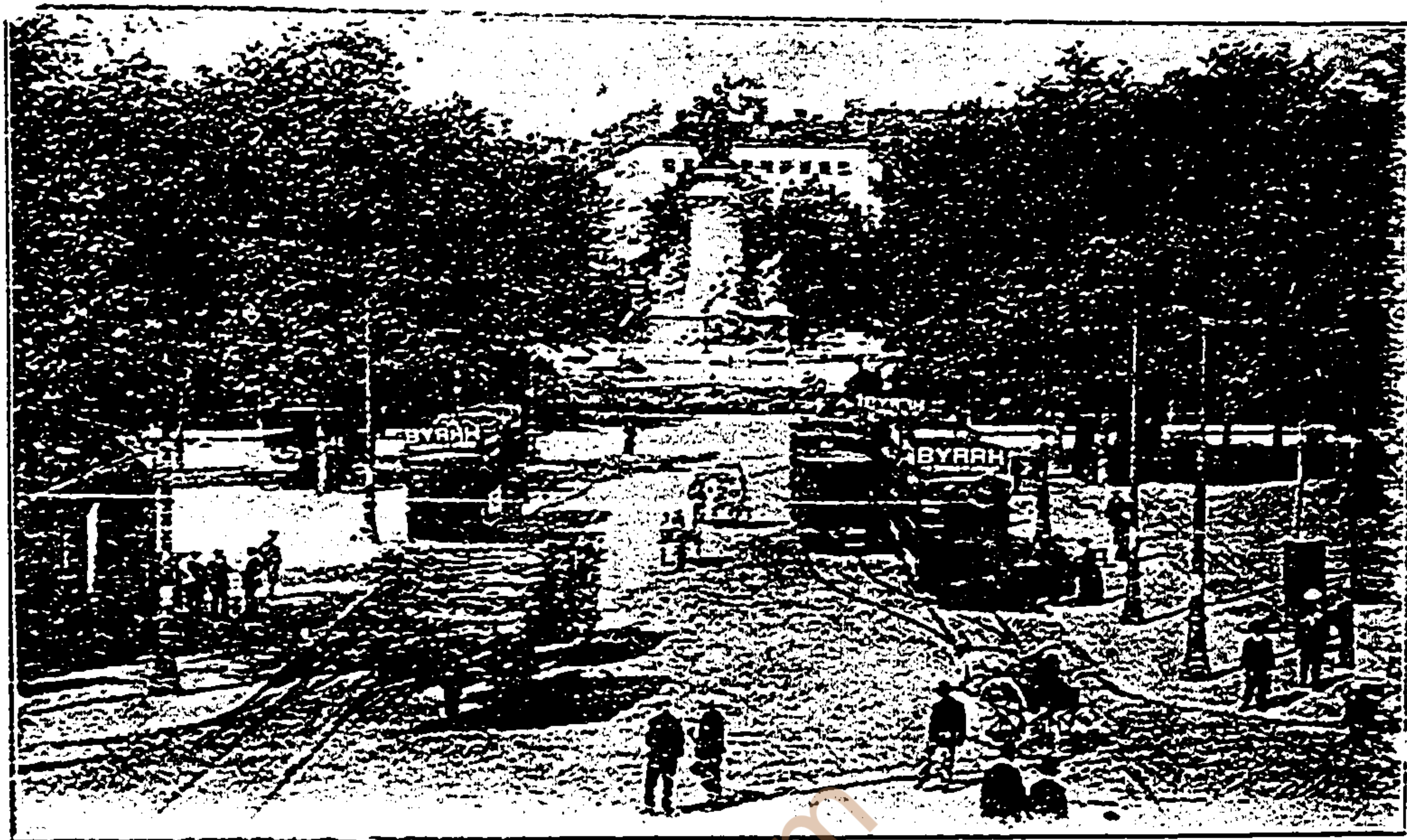
Conocimos la catedral de San Juan, severo edificio del siglo XII, la iglesia de San Martín d'Ainay, edificada sobre un templo de Augusto, del que conserva cuatro columnas, y Nuestra Señora

de Fourvieres, á la que subimos en funicular y desde cuya elevada torre pudimos admirar el hermoso espectáculo que ofrece Lyon en conjunto y la bella campiña llena de fábricas, de aldeas y de caseríos y en el que dominan los dos ríos: el Ródano y el Saona, que se unen en la ciudad baja. En lontananza se ven las montañas del Jura, y como el día estaba claro y el cielo despejado, pudimos divisar hasta el famoso Monte Blanco.

Veinticuatro horas estuvimos en Lyon, pero fueron bien aprovechadas, pues guiados por el incomparable *Bedeker* visitamos todo lo que de notable tiene la ciudad y pudimos formarnos una alta idea de las ciudades francesas. Realmente son hermosas y difieren bastante de las yankees, que son monótonas: la irregularidad de su construcción hace que los grandes edificios luzcan perfectamente; sus calles, en la parte nueva son anchas, cómodas y sombreadas por grandes árboles y se cortan en todas direcciones, no en ángulos rectos, lo que les dá un aspecto bastante pintoresco.

La cortesanía francesa, de la que tanto se habla, no nos dejó

muy satisfechos que digamos, pues aun cuando no tuvimos queja pecuniariamente hablando del hotel de Inglaterra, el servicio sí dejó bastante que desear y fué muy distinto del excelente que íbamos á encontrar en Ginebra, en el resto del viaje, y sobre todo en París. Aun la cocina francesa, de fama universal, no la pudimos apreciar en todo su esplendor en los diferentes restaurants donde hicimos nuestras comidas. Estas circunstancias y el haber visto en la estación algunos zuavos algo *tuturuscos*, que escandalizaban y metían una bulla infernal sin que



LYON.—Vista hacia la Plaza Carnot.

nadie les fuese á la mano, no obstante haber mucha gente, y sobre todo señoras, contribuyeron seguramente á que no nos formásemos de Lyon toda la buena opinión que indudablemente se merece la segunda ciudad de Francia.

La estación tiene mucho movimiento y el forastero, si no es un poco observador se confundiría; pero siéndolo, verá que en ella como en todas las de Europa, reina un orden admirable: un reloj de los muchos que hay le indicará la hora de salida del tren á que va á subir, allí mismo encontrará un letrero que le señalará el *trottoir* ó andén á donde debe dirigirse y si sabe dar propinas (si nó sabe eso que lo aprenda, porque es indispensable para viajar bien y sin tropiezos) un *garçon* bastante diligente acomodará sus maletas y lo instalará en el mejor coche.

Cuarenta y ocho horas hacía, cuando partimos de Lyon, que estábamos en Francia, y contra lo que se nos había augurado, ninguna dificultad ni contratiempo habíamos tenido y esperábamos que habiéndole *cojido el modo* al viajar por tierras donde no se habla nuestro idioma, ningún percance nos ocurriera. Abrigando tales esperanzas atravesamos el gran puente sobre el Saona y tomamos el camino de Ginebra. —(Continuará.)

A UNOS VERSOS

(Improvisación)

Leí unos versos, música amorosa
que refleja de una alma conmovida,
toda la angustia por la cruel partida
del amado.....! Una página llorosa!

La historia de una escena dolorosa,
como tantas que ocurren en la vida;
un lamento, una lágrima vertida
al irse una ilusión color de rosa.

Siempre lo mismo sobre el triste suelo;
Detrás de la promesa que nos place,
el más grande y profundo desconsuelo.

Siempre lo que es risueño se deshace.....
como las nubes blancas en el cielo;
como el Amor..... el misterioso enlace.

CIRO AZCOITIA Y ECHEGARAY.

Jalapa, Ver., Invierno.—1908.

LA COPA DE CUASIA

Para el álbum de mi sobrina Matilde Augulo de Pérez.

En arca vieja que trasciende á flores
Guardo una extraña, copa, parecida
A un cáliz eucarístico, pulida
Sin grabados ni adornos ni primores.

En esa copa cifro mis amores
Pues disipa las nieblas de mi vida,
Como disipa con su luz querida
El alma sol la sombra en los alcores.

Cuando apaga mi sed penas me quita
Porque en sus bordes siento que palpita
El tierno labio de la madre mía.....

¡Oh divino falerno! ¡oh ambrosía
Dulce como el maná que al israelita
Del azul de los cielos descendía.

CARLOS MAYORGA.

LA AGONIA DE MIS SUEÑOS

Para Concepción.

Cuántos versos errantes..... cuántas cosas
El alma en sus tristezas ha pensado,
Delirando en sus noches misteriosas
Con sus dichas perdidas del pasado.

¡Si pudieras estar dentro del pecho!
¡Si pudieras vivir en la honda pena
Que me destroza el alma, y que á mi lecho
Las quimeras más negras encadena!

Si hasta el regazo de mi sueño aleve
Llegar pudieras con tu dulce anhelo,
Mirando que la dicha no se atreve
A turbar el martirio de mi dueño!

Si hasta el martirio obscuro de mi suerte
Traer las dichas de tu amor pudiera!
¡Oh! entonces, la pálida, la muerte,
Qué lejos de mis sueños estuviera.

México, Diciembre de 1907.

Ferveztana.